

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.ª, 1.ª

 Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas.  
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 »  
 » Extranjero » . . . 1'50 »

## De la guerra

La justicia de la guerra, la utilidad de la guerra, la necesidad de la guerra, es algo que no podemos concebir; algo que rechazan por igual nuestros sentimientos, nuestra razón y los intereses humanos.

Asómbrenos la lectura de las proclamas bélicas, de los artículos periodísticos inflamados de pasión patriótica guerrera, las disquisiciones sobre las conveniencias y necesidad de realizar tal ó cual campaña.

Y por más que hacemos, no podemos habituarnos á esto, entenderlo, concebirlo, admitirlo.

Que unos hombres, millares y millares de hombres, abandonen sus hogares, sus familias, su trabajo proficuo y sustentador de todos los suyos, su relativa independencia, su comodidad mayor ó menor, para pasar las privaciones inherentes á una campaña militar y los peligros gravísimos que la guerra entraña, es cosa que si no fuera porque la historia nos lo relata repetidamente y nuestra misma experiencia nos lo ha enseñado, parecerían absurdo, imposible.

No nos referimos á ninguna guerra en particular, sino á la guerra en general. Y lo extraño es que personas cultas, de carácter bondadoso, incapaces en la vida diaria de hacer el mal conscientemente, son partidarias de la guerra, se extasian ante ella y cantan himnos de gloria á los guerreros de todos los tiempos.

La especie humana es la única que realiza la guerra, la guerra propiamente dicha, la guerra inexcusable y fútil. Porque los saques á que suelen dedicarse algunas otras especies animales, están tan lejos de las guerras de los hombres, como lo están las de hoy de las de las tribus primitivas.

Se comprende que en donde el trabajo, el modo de producir, no es conocido, cuando las fuentes naturales de alimentación desaparecen, se vaya en busca de lo imprescindible á la vida y se guerree por conquistarlo. Así nos explicamos, son explicables, las guerras primitivas, las luchas de tribu á tribu, las contiendas de las hormigas, todos los movimientos brutales de los salvajes. Una necesidad imperiosa de subsistencia ha podido excusar y justificar en sus orígenes la guerra. Había que optar entre morir de inanición ó arrancar el fruto sustentador de la existencia de manos de quien lo tuviese, aunque para esto hubiera que matar y correr el riesgo de perder la vida, riesgo que por otra parte se corría igualmente no guerreando, puesto que el hambre era el motor de la guerra y un enemigo tan peligroso como la flecha ó la lanza del adversario.

Estamos muy lejos de esos tiempos; ninguna apremiante necesidad vital justifica las incursiones armadas; cada pueblo puede hoy atender sus necesidades y en donde por la pobreza del territorio ó la falta de iniciativa ó de capacidad de los poseedores del capital social, la miseria se enseorea de los hogares, la emigración sirve de derivativo, ya que hoy el ser extranjero no es un obstáculo serio para poder ganarse la vida en cualquier parte mejor ó igual que en la tierra nativa.

La suprema razón de la guerra, la única justa, el hambre, no es ya razón suficiente para que la guerra subsista.

Desde que el hombre ha sido capaz de trabajar y subvenir así á sus necesidades, puede decirse que toda guerra ha sido inicua é injusta.

Porque nótese y es bueno advertirlo de antemano, que en toda guerra si puede haber, si hay, mejor dicho, unos que son agredidos y que por lo tanto tienen razón al defenderse, hay otros que cometen la infamia de agredir y por lo tanto en su origen es siempre toda guerra injusta é inicua, además de cruel, brutal y destructora de vidas y bienestar. Lo difícil es saber quienes son los agresores y cuales los agredidos, pues la malignidad política ha llegado á tal grado que muchas veces aparecen como agredidos los que en realidad son agresores.

De las guerras modernas, puede decirse que es tal su iniquidad, que sólo mediante el espíritu solidario fomentado por el patriotismo y mantenido por los rigores de la disciplina y las leyes, pueden existir. Al revés de lo que ocurría en las contiendas de la prehistoria, en las guerras de la civilización, los hombres que en ellas toman parte, ni en poco ni en mucho se aprovechan de sus resultados. Corriendo el riesgo de perecer ó quedar inutilizados, los guerreros no sacan de la contienda más que las privaciones y sufrimientos de la campaña, cuyas dejan en

el organismo profunda huella y la miseria y los pesares de sus familias.

La guerra, esquilma á los países que la realizan; la guerra, aun después de terminada, mantiene en zozobra al vencedor y el vencido y á la espera de una repetición, en previsión de la cual se consumen esfuerzos y esfuerzos valiosos durante años y años; la guerra que es azote, que asuela, que es barbarismo, no puede civilizar ni educar, cultivando en cambio el espíritu de crueldad en unos y el de humillación y envidia rencorosa en otros.

La guerra, por humanidad, por honra de los pueblos, por cultura, por civilización debe desaparecer y con tanto mayor motivo cuanto que ninguna razón de ninguna especie puede disculparla y mucho menos justificarla.

Para el tercer tema del Concurso

## NO PUEDE SER NEUTRAL

Me declaro franca y abiertamente enemigo de la neutralidad en materia pedagógica. Teniendo constantemente presente en la memoria aquella sublime sentencia que dice: «a grandes males grandes remedios», opino, humildemente, que para que la educación de sus naturales frutos y responda fielmente á las verdaderas ansias de regeneración que siente la masa proletaria, la clase social tan despótica é injustamente preterida en el reparto de la riqueza social, de lo que en buena lógica debiera constituir el patrimonio universal, debe hallarse sustentada sobre bases esencialmente racionales.

Siguiendo la trayectoria que nos señala esta concepción, iremos á parar, irremisiblemente, á la consecuencia lógica de la verdadera acepción de la palabra racionalismo. Apurando un poco los términos, y haciendo abstracción completa de las mil absurdas definiciones que puedan hallarse estampadas en los mil diccionarios que andan diseminados por los ámbitos de la nación que hemos dado en llamar patria española, podemos afirmar, sin temor á caer en los lindes de la irrisión, si acaso en la más simple de las perogrulladas, que el racionalismo, pedagógicamente considerado, puede enlazarse con la estrecha unión de la más absoluta sinonimia, con la sencilla palabra sintetizadora del bellísimo ideal por nosotros sustentado; del ideal que antes de muchas generaciones—precisamente por obra y gracia del método educativo racional-científico que en estos momentos atrae y condensa nuestra atención—habrá de ser forzosamente adoptado por la inmensa mayoría de los seres pobladores del planeta que nos cupo en suerte habitar: la hermosa palabra «anarquía».

Estas son las simples consideraciones que me llevan, como de la mano, á rechazar firmemente, con la firmeza proveniente de la más pura é inmaculada convicción, la neutralidad que en materia pedagógica quieren introducir algunos para mí erróneamente conceptuadores de la enseñanza racionalista.

Estimo que nosotros, los anarquistas, en virtud precisamente de nuestra condición de tales, debemos, es más, nos hallamos ineludiblemente abocados á optar por una de las dos partes constitutivas de este dilema: ó racionalistas ó antiracionalistas. Como supongo que ningún compañero, es decir, nadie que se precie de ser consciente y convencido propagador de un ideal que, á pesar de los planes desbaratadores de sus malditos destructores, amigablemente consorciados con los inconscientes, con los faltos de sínderesis, con los labradores y eternizadores de su propia infelicidad, ha de regir, en tiempos más cercanos de lo que algunos empeñados en tener los ojos constantemente cerrados á la evidencia suponen, querrá incurrir en la, á mi juicio, gravísima falta de autocontradicción, quiero conceder á todos ellos la gracia, por así decirlo, de conceptuarlos como partidarios fervientes y conscientes del método racional-científico para la educación de las generaciones venideras.

Debemos, pues, optar todos los anarquistas sin distinción, por la primera parte del dilema que he enunciado. Somos eminentemente racionalistas, por la sencilla razón de que somos anarquistas.

Por lo tanto, una vez sintetizada nuestra aspiración del establecimiento de una enseñanza cuya constitución básica radique en las leyes de la Naturaleza y cimentada, consiguientemente, en los más estrictos fueros de la razón, procuraré pasar á la exposición clara y sencilla de los motivos que me han inducido á establecer la sinonimia de que antes hablaba, entre las palabras racionalismo y anarquía.

Es menester, á mi juicio, partir del principio fundamental de que el maestro, mejor dicho, el educador, por el mero hecho de serlo, hállese moralmente obligado á ser un fiel transmisor de los conocimientos y por él supuestas verdades albergadas en su cerebro, al cerebro de los jóvenes cuya educación les ha sido encomendada por la Sociedad.

Por ejemplo, supongamos que un alumno cualquiera, con esa precocidad intuitiva, puede decirse que innata en los cerebros infantiles, hace á su educador una pregunta relacionada con el fantástico Dios, sedicente creador y ordenador de las innumerables bellezas que nos rodean. Pues bien, opino que ese educador, si quiere hacer honor á la sagrada investidura de tal, esto es, si no quie-

re desvirtuar su condición de racional, y, por lo tanto, de anarquista, habrá de apresurarse á inculcar en el cerebro incipiente de aquel futuro sostén de una Sociedad basada en las leyes inmutables de la Naturaleza, los principios fundamentales de la concepción materialista del mundo que habitamos. Habrá de exponerle, con la clarividencia que impida el menor resquicio de introducción de la duda, la teoría filosófica por excelencia de la evolución progresiva y jamás interrumpida de la materia.

Expondrále, asimismo, la monstruosidad que encierra la falsa teoría espiritualista, la que pretende hacer nos tragar la enorme rueda de molino de la concepción deista del Universo, de esa suprema falacia que constituye en creador y ordenador del mundo á un ente monstruoso é hipotético hasta la saciedad, concepción absurda que el gran astrónomo Laplace indujo á lanzar esta demoleadora exclamación: «He escudriñado los ámbitos celestes, y en ningún lado he podido dar con ese hipotético Dios de quien tanto me habláis!»

Otro tanto le ocurriría en el caso, harto probable, de que ese mismo alumno le dirigiera alguna pregunta que se hallase en íntima conexión con el problema de los problemas, que es, como bien nos consta á los que rectamente pensamos, el problema social.

«¿Qué debe responder el maestro racionalista á la pregunta del alumno, por ejemplo, acerca del origen de la monstruosa desigualdad social establecedora de castas dentro de un régimen social que, en razón de las más rudimentarias nociones de sentido común, debiera estar caracterizado por una franca armonía y una absoluta solidaridad entre todos sus componentes? ¿Cómo saldría del paso si alguno de sus educandos le hiciera alguna objeción respecto á la razón que pueda asistir á los seres humanos, ó mejor dicho, á los que en virtud de la usurpación en su multiplicidad de aspectos, económico, educativo, etc., para despedazarse mutuamente en esas contiendas, anatematizadas por la Humanidad pensante, que llamamos guerras, y que, en nuestro concepto, no tienen otra finalidad que la perpetuación de la esclavitud y la injusticia entre el mayor número de los seres humanos, para satisfacción de los caprichos homicidas de los que en virtud de leyes y fundamentos que jamás podrán hacernos comprender, puesto que se hallan carentes de base lógica, se han erigido en acaparadores exclusivos del inmenso patrimonio universal?»

Quisiera que alguno de los partidarios—difícilmente entreveo la existencia de un compañero en ideal que sustente esa teoría—de la neutralidad en la materia que nos ocupa, esto es, en materia educativa, se dignara contestar á las preguntas que acabo de lanzar.

Afirmo categóricamente que es imposible contestarlas en sentido favorable á la aceptación de la neutralidad, porque estimo que admitir su posibilidad equivaldría á olvidarnos de que nos hallamos en un período de transición, más aún, de honda transformación social.

La neutralidad sería susceptible de admisión, á mi juicio, en el caso en que la Sociedad se hallara, para hablar con entera precisión y en términos explícitos, en los comienzos de su fundación y desenvolvimiento, ó lo que es lo mismo, en una época exenta en absoluto de los inmundos prejuicios que hacen la infelicidad de los seres nacidos para el goce de la felicidad y el amor. Pero como para nadie deja de ser una evidencia que, muy lejos de concurrir presentemente la circunstancia apuntada, nos hallamos cuajados, plagados de esos atávicos prejuicios que tanto desdican en el sentido de nuestra condición de seres pensantes, no vacilo en hacer patente mi opinión de que para conseguir desembarazarnos definitivamente de ese cúmulo de atavismos que tanto nos denigra, no hay más solución que la aplicación de un concienzudo método de educación científico-racional, saturado—perdonadme la crudeza de la palabra que voy á estampar—de una pequeña dosis de algo que muchos no vacilarán en llamar sectarismo, que tenga la virtualidad, eficacísima é indispensable en mi concepto, de llamar, como vulgarmente suele decirse, al pan, pan, y al vino, vino.

En una palabra, la neutralidad no cabe en la materia que actualmente tenemos sobre el tapete. Debemos, por lo tanto, detestarla á perpetuidad de nuestro plan revolucionario, que esto y no otra cosa debe suponer para nosotros, entusiastas propagadores de un ideal que está llamado á realizar la hondísima transformación de la actualmente hipócrita y denigrante Sociedad, la inculcación de la sublime enseñanza racional en los cerebros vírgenes de los futuros sostenedores de la nueva y fecunda Sociedad por ella—la enseñanza—engendrada.

Ratificome en la exposición de mi opinión sobre la tan debatida cuestión, oportunamente exhumada por los simpáticos compañeros de Gattún.

Racionalismo, en su más amplia acepción, es sinónimo de anarquismo.

No obstante, si algún querido compañero, percatándose del error en que pudiera hallarme incurso, quisiera sacarme de esa azarosa y equívoca situación, agradeceré quedármela por su noble y acertado proceder.

Mientras ello no acaezca, seguiré en la firmísima convicción de que, en virtud de esa mi concepción del racionalismo aplicado á la sublime misión de la pedagogía, irá aumentando considerablemente el número de nuestros hermanos en proletariado, que se sientan aguijoneados por la bella perspectiva de nuestra completa emancipación, que se halla sintetizada en este magnífico aforismo cuya procedencia desconozco, y que dice: «todo es de todos; y mientras el hombre y la mujer aporten su cuota-parte de trabajo para producir los objetos necesarios, tienen derecho á la cuota-parte de todo lo producido por todo el mundo.»

San Sebastián

JUAN ECHAZARRETA

## DE LA REVOLUCIÓN MEJICANA

### Afila á las puertas de Roma

Taft envía á la frontera mejicana 30,000 soldados, mientras seis barcos de guerra marchan á los puertos mejicanos del Golfo y del Pacífico.—Los vampiros de las finanzas, las boas constrictoras de Wall Street abren las fauces y quieren tragarse á Méjico. ¡Libertarios de todo el mundo! salvad á la Revolución Mejicana: Nuestro problema es el vuestro.

El viejo altanero que por espacio de 35 años se mofó del pueblo mejicano; el soberbio magnate que en su embriaguez de mando se creyó formado de otra carne, de otros huesos, de otros nervios que la carne, los huesos y los nervios de que están contruidos los demás mortales; Porfirio Díaz que llegó á tener en sus garras los destinos de una raza que parecía muerta para siempre, se espanta ahora de su propia obra, tiembla como una mujerzuela ante la consecuencia lógica de sus actos, y careciendo ya de aquella fuerza aplastante de que tanto abusó, impotente ahora para ahogar en sangre la protesta de los esclavos que se rebelan, pide á los Estados Unidos que lo auxilien, se arrastra como un cobarde en los estrados del Capitolio de Washington, limpia con su lengua asquerosa los zapatos hediondos de Taft y se entrega en cuerpo y alma á la codicia, á la voracidad desatentada de la plutocracia americana, la misma plutocracia que hizo volar con dinamita á la tripulación del Maine para que el gobierno americano pudiera declarar la guerra á España y quedarse con Cuba; la misma plutocracia que tiene á Filipinas en la esclavitud; la misma plutocracia que arrancó á Colombia parte de su territorio para fundar una República ridícula, la de Panamá; la misma plutocracia que extranguló á Hawai y á Puerto Rico y gobierna de hecho en Venezuela, en Guatemala, en Honduras, en Nicaragua y que ha sido el más fuerte apoyo con que ha contado Porfirio Díaz para oprimir y ultrajar al pueblo mejicano; esa plutocracia que arrebató á Méjico más de la mitad de su territorio en el siglo pasado, quiere ahora engullir de una vez la rica tierra que el Partido Liberal trata de entregar al pueblo para que la raza mejicana se dignifique por el bienestar y la libertad.

Porfirio Díaz comprendió desde un principio que su administración, tarde ó temprano, tendría que ser envuelta por una tormenta revolucionaria. Para retardar lo más posible la aparición de esa tormenta, Díaz dedicó todas sus energías á una paciente é inteligente obra de embrutecimiento popular. Era preciso para la estabilidad de su administración que el pueblo no se diera cuenta de las causas de su esclavitud, y para esto, lo mejor era no abrir escuelas para que las masas populares no aprendieran á leer. La ignorancia de las masas es la fuerza con que cuentan los despotismos.

Pero no se conformó Díaz con que el pueblo fuera ignorante: hay otra cadena tal vez más fuerte que la ignorancia misma. Esa cadena es la miseria. Era necesario agravar la miseria, era preciso tener á la población entera de Méjico sometida al capricho de los patronos. La miseria envilece al hombre y prostituye á la mujer, y el hombre envilecido no piensa en su redención. Si es ignorante, no piensa en ser libre porque cree que los de abajo, la plebe, nació para servir á la clase alta. Si es ignorante, las luces que tenga en su cerebro no pueden brillar sofocadas por el envilecimiento moral.

Todos somos testigos de los resultados funestos de la política de Díaz. Hizo toda una generación de cobardes y de viles por medio de la ignorancia y de la miseria.

Lo que ocurre estaba previsto. Porfirio Díaz no estaba solo en esta lucha: tenía detrás de él la fuerza de los millones de los banqueros americanos. El envaletonado mandarín que proclamaba, para asustar á los cobardes, que en cuarenta y ocho horas sofocaría cualquier intentona de rebelión, sabía muy bien que mentía, sabía muy bien que era débil en el interior del país y que su verdadera fuerza no era la de su miserable Ejército compuesto de esclavos y de degenerados, sino la de los millones que representan los negocios americanos establecidos en Méjico.

Al estallar la Revolución pretendió sofocarla el Dictador; pero la Revolución sigue su marcha magestuosa y se encuentra impotente para domi-